THE LIGHT IN THE WINDOW



PARTE II

UMBRAL 2

La Luz En La Ventana

Durante gran parte de mi vida creí que el valor de una persona se medía por lo que lograba realizar.

Era una convicción razonable.

El mundo parece construido a propósito para confirmarla.

Nos piden resultados.

Números.

Objetivos.

Rendimiento.

Hitos.

Cada sistema posee sus propios indicadores.

Cada organización posee sus propias clasificaciones.

Cada época inventa un modo distinto de medir el éxito.

Y casi siempre la medida se concentra en lo que aparece.

Raramente en lo que permanece.

Con el paso de los años, sin embargo, empecé a notar un fenómeno curioso.

Las personas que más recordaba casi nunca coincidían con las que habían obtenido los resultados más impresionantes.

Recordaba a otras personas.

Las que habían permanecido cerca.

Las que habían escuchado.

Las que habían encontrado el tiempo.

Las que habían estado presentes.

La memoria humana es menos impresionable de lo que parece.

Décadas después no recuerda solo lo que hiciste.

Recuerda cómo hiciste sentir a los demás.

Y este descubrimiento cambió muchas cosas.

Sucedió lentamente.

Como suceden todas las transformaciones auténticas.

No hubo una revelación repentina.

Hubo centenares de episodios.

Pequeños.

Casi invisibles.

Un amigo que se presenta cuando no lo has llamado.

Una persona que permanece sentada a tu lado durante un momento difícil.

Un familiar que no consigue resolver el problema pero elige de todos modos compartir el peso.

En todos estos casos sucede algo que los números no consiguen medir.

La presencia genera fuerza.

No porque elimine el dolor.

Sino porque impide que la soledad se vuelva absoluta.

Muchas personas piensan que ayudar significa encontrar soluciones.

Yo ya no estoy tan seguro.

Las personas que de verdad me ayudaron no siempre poseían las respuestas.

A menudo poseían solo la disposición a permanecer.

Y era suficiente.

Cuando somos jóvenes creemos que el valor reside en la acción.

Con el tiempo descubrimos que el valor reside muy a menudo en la permanencia.

Estar ahí.

No huir.

No distraerse.

No delegar.

No desaparecer.

Estar presentes.

Parece poco.

No lo es en absoluto.

Vivimos en una sociedad llena de conexiones y a menudo pobre en presencia.

Podemos contactar con cualquiera en pocos segundos.

Podemos enviar mensajes a cualquier parte del planeta.

Podemos comunicarnos continuamente.

Y sin embargo muchas personas se sienten más solas que nunca.

Quizás porque la presencia no es una cuestión tecnológica.

Es una cuestión humana.

La presencia requiere atención.

Y la atención se ha convertido en uno de los recursos más escasos de nuestro tiempo.

Recuerdo algunas fases de mi vida en las que no buscaba consejos.

No buscaba estrategias.

No buscaba respuestas.

Buscaba compañía.

Alguien dispuesto a compartir un tramo de camino.

Alguien dispuesto a decir:

“No sé cómo terminará, pero no lo atravesarás solo.”

Estas frases no cambian los acontecimientos.

Nos cambian a nosotros.

Y eso es mucho más importante.

Durante años trabajé en ambientes en los que todo se medía.

Rendimiento.

Cuota de mercado.

Crecimiento.

Productividad.

Y sin embargo algunas de las cosas más valiosas que recibí no aparecían en ningún informe.

La confianza.

La lealtad.

La escucha.

La cercanía.

Ninguna de estas cosas entra fácilmente en una tabla.

Y sin embargo sostienen gran parte de la vida humana.

La presencia actúa del mismo modo.

Es invisible cuando está.

Se vuelve evidente cuando falta.

Como el aire.

Como la salud.

Como ciertos afectos.

Nos damos cuenta de su valor sobre todo en el momento en que ya no están disponibles.

Con la edad aprendí una lección que ningún libro me había enseñado.

Muchos problemas no piden ser resueltos inmediatamente.

Piden ser atravesados.

Y cuando un problema debe ser atravesado, la presencia vale más que la competencia.

Puede parecer una frase extraña.

Pero cualquiera que haya vivido una prueba importante la comprende inmediatamente.

Ninguna explicación elimina una pérdida.

Ninguna estrategia elimina una enfermedad.

Ninguna teoría elimina la ausencia.

Existen situaciones en las que el ser humano no necesita ser corregido.

Necesita ser acompañado.

Este descubrimiento cambió también mi modo de relacionarme con los demás.

Dejé de sentirme obligado a encontrar soluciones para todo.

Dejé de considerar el silencio un fracaso.

Dejé de creer que mi valor dependía de mi capacidad de arreglar el mundo.

En cambio, empecé a cultivar una cualidad distinta.

La disponibilidad.

Estar disponible.

Para la familia.

Para los amigos.

Para las personas frágiles.

Para quien atravesaba una dificultad.

Para quien necesitaba ser escuchado.

Es una habilidad menos vistosa.

Pero infinitamente más útil.

Mirando atrás, me doy cuenta de que los momentos más significativos de mi existencia a menudo compartieron una característica.

Alguien estaba presente.

A veces era yo.

A veces eran los demás.

Pero había una presencia.

Una presencia silenciosa.

Discreta.

No invasiva.

Una presencia que no exigía nada.

Que no pedía reconocimientos.

Que no buscaba aplausos.

Simplemente existía.

Como una luz encendida en una ventana durante la noche.

Quizás la madurez consiste también en esto.

Entender que no tenemos que ser extraordinarios cada día.

No tenemos que salvar el mundo.

No tenemos que convencer a todos.

No tenemos que ganar todas las batallas.

A veces simplemente tenemos que estar ahí.

De verdad.

Con toda nuestra atención.

Con toda nuestra humanidad.

Con toda nuestra imperfección.

Porque las personas olvidan muchas cosas.

Olvidan palabras.

Olvidan fechas.

Olvidan incluso acontecimientos importantes.

Pero raramente olvidan a quien permaneció a su lado en el momento necesario.

Al final, después del trabajo, los viajes, los éxitos, las pérdidas, las transformaciones y el tiempo transcurrido, queda una verdad sorprendentemente simple.

No siempre podemos cambiar lo que sucede.

No siempre podemos sanar.

No siempre podemos salvar.

No siempre podemos entender.

Pero podemos estar ahí.

Y mucho más a menudo de lo que imaginamos, la presencia basta.